

ser el culpable de la guerra. Este nuevo enfoque es la verdadera contribución de la obra al estudio del expansionismo norteamericano durante la década de 1840.

El libro está repleto de información detallada sobre los múltiples grupos que presionaron la política de México y de Estados Unidos así como de Gran Bretaña, Francia, España y Texas. El autor ha estudiado la influencia de estos grupos en las decisiones políticas tomadas en cada país y ha logrado discernir el lugar que tuvieron estas decisiones dentro del contexto de las relaciones diplomáticas oficiales e informales internacionales. El limitar un estudio de la guerra del 47 únicamente a las relaciones entre estos dos países impide una comprensión de los papeles tan vitales que desempeñaron Europa y Texas misma en la escena histórica del momento. A pesar de la debilidad de su defensa de Polk, Pletcher ha escrito un libro lleno de información útil y detallada y ha ayudado a cambiar la perspectiva de los interesados en comprender el expansionismo norteamericano y la guerra del 47, destacando la importancia de atender al contexto internacional que tan fuertemente influyó en los papeles desempeñados por los actores principales.

Elizabeth FORSYTH

University of Texas, Austin

Felipe A. LATORRE y Dolores L. LATORRE: *The Mexican Kickapoo Indians*, presentación de William Madsen, Austin, University of Texas Press, 1976, 399 pp., ilus., mapas. «The Texas Pan American Series.»

El libro que aquí presentamos es resultado de más de diez años de esfuerzos de los esposos Latorre, quienes con gran habilidad supieron superar las dificultades que se les presentaron para penetrar en el poco conocido mundo de los quicapús. El principal motivo que despertó el interés de los investigadores fue el deseo de resolver el problema planteado por la pregunta de por qué, siendo originarios de Wisconsin, grupos de quicapús se habían establecido en Coahuila. Una revisión de la literatura existente sobre ellos les hizo darse cuenta de que, si bien se contaba con datos

sobre su historia y sus migraciones, de hecho no existía información sobre su cultura y forma de vida. Un primer contacto con miembros del grupo acicateó su interés por estudiarlos con el fin de, hasta donde fuera posible, desentrañar el "misterio" de los quicapús.

El libro se encuentra dividido en dieciséis capítulos encaminados a cubrir todos los aspectos de la vida del grupo. Es de notarse, a lo largo de su desarrollo, la minuciosa descripción de todos los temas abordados por los autores. Dado que consideramos que su principal valor estriba en su aspecto descriptivo, que seguramente servirá de base a posteriores caracterizaciones, nos concretamos a señalar, en forma general, los puntos que nos parecieron más importantes.

Aunque el objetivo principal de los Latorre es presentar un exhaustivo estudio etnológico de los quicapús, precede a su trabajo un esbozo histórico que nos ofrece un panorama general desde el momento en que se tiene noticias de ellos (1600-1654) hasta su establecimiento definitivo en México, que se inició en 1850 para finalizar en 1884. Dicho período vio la evolución de su original forma de vida, su contacto con los europeos y después con texanos y norteamericanos. Puede resumirse como la búsqueda de una residencia definitiva: continuo acoso y lucha contra la expansión francesa, inglesa y norteamericana que, al ocasionarles la pérdida de sus territorios, los llevaría a buscar refugio en México, donde no todo sería dulzura, aunque el que se hayan quedado en dicho país nos hace pensar que de alguna manera consideraron menos lesivas a sus intereses y forma de vida las condiciones ofrecidas en este lugar.

El poblado objeto de estudio de los autores, El Nacimiento, se encuentra localizado en el estado de Coahuila, en las estribaciones del este de la sierra Madre Oriental. Los mexicanos, con cierto sentido peyorativo, llaman *ranchería* al poblado de los quicapús, pero ellos lo denominan entre sí *colonia*. La situación de su asentamiento les permite disfrutar de variedad de productos y suficiente agua. De hecho en él no existen servicios públicos de ninguna especie, aunque tampoco pagan ningún tipo de impuestos. Los signos visibles de modernidad son automóviles, tractores, armas de fuego, máquinas de coser y otros artefactos por el estilo. Aunque se ha tratado de realizar un censo de la población, a lo más que se ha llegado ha sido a establecer un cálculo aproximado de más o me-

nos cuatrocientos habitantes, lo que se debe a su continuo ir y venir de México a los Estados Unidos, donde desempeñan fundamentalmente labores agrícolas, en Oklahoma en verano y en Texas durante el invierno.

Su idioma principal es el algoquino, aunque todos los adultos manejan defectuosamente el español y unos cuantos tienen ciertos conocimientos de inglés. Su situación legal, sobre todo con relación a las autoridades norteamericanas, es ambigua: se encuentra pendiente una resolución del senado de dicho país que determinará si deben ser considerados como indios norteamericanos o como ciudadanos mexicanos, estado legal en que son tomados en cuenta por las autoridades mexicanas.

En su poblado, en general, persiste su antigua forma de vivienda y también se observan jacales mexicanos. Últimamente ha aparecido una casa de tipo moderno construida por el hijo de uno de los jefes. Si bien por un lado ha causado admiración y sorpresa, por el otro encierra la pregunta de si ella marca el principio del fin de una tradición mantenida desde la época de su contacto con los europeos. Su tipo tradicional de vivienda está íntimamente relacionado con su religión, principal fuerza integradora del grupo. Según dicen, no conciben ningún aspecto de su vida desligado de ella. De acuerdo con una leyenda, la particular forma de construir sus casas les fue transmitida por su héroe cultural Wisaka, que a su vez la aprendió de Kizihiat "el gran espíritu". Su construcción, uso y abandono se encuentran ligados, al igual que todas sus actividades, a una serie de tabús cuya transgresión supone castigos que pueden ser sobrenaturales o impuestos por la comunidad. Cuentan con viviendas de verano e invierno. El cambio de una a otra estación está íntimamente relacionada con su principal celebración, la del año nuevo.

De su antigua forma de vida sabemos que basaban su subsistencia en la agricultura, la caza, la pesca y la recolección. Al establecerse en México el gobierno les asignó tierras de regadío que hoy en día suman 7 022 hectáreas. Desde un punto de vista legal, después de un largo proceso más o menos complicado, dichas tierras son consideradas como ejido y de una u otra forma constituyen uno de los elementos más importantes que contribuyen al mantenimiento de su unidad como grupo. También pudieron, en un principio, seguir dedicándose a la caza. Sin embargo, la falta de observancia de las épocas de veda ocasionó la casi extinción de

las especies existentes, factor que influyó en gran medida en su decisión de iniciar sus labores como trabajadores migratorios en los Estados Unidos.

En su forma de vestir y arreglarse se nota una mezcla de estilos entre lo quicapú, lo mexicano y lo norteamericano, que varía según la edad. Los ancianos son los más apegados a lo tradicional.

En la actualidad su principal fuente de ingresos está representada por lo que perciben en sus labores agrícolas en los Estados Unidos. En forma complementaria se dedican a la venta de objetos norteamericanos entre los poblados mexicanos de las cercanías, y parte de sus cosechas, cuando son buenas, les sirve para obtener dinero o mercancías. En menor medida también les ayudan la venta de ciertas artesanías —las pocas que quedan— y la de chile piquín y orégano. Gastan la mayor parte de sus ingresos familiares, aproximadamente unos 1 800 dólares anuales, en comida o en la construcción de sus viviendas, a lo que hay que agregar el costo de compra y mantenimiento de sus vehículos. Lo que resta lo utilizan en gastos ceremoniales, vestido y diversiones. Pareciera que el dinero en efectivo les quemara las manos, ya que tratan de gastarlo lo más rápidamente posible.

Según sus creencias recibieron su régimen de justicia y organización política de su héroe cultural Wisaka, al igual que la mayor parte de sus rasgos culturales. Antiguamente, además del jefe, contaban con un consejo de ancianos y su propia policía interna. Actualmente sólo persiste el jefe, que recibe el nombre de "capitán" y es reconocido por el grupo. Las autoridades mexicanas ven en él al dirigente civil, político y religioso de los quicapús. El cargo puede ser desepeñado tanto por hombres como por mujeres. Su elección está relacionada con la pertenencia a uno de los clanes en que se divide el grupo. Sus funciones han quedado restringidas casi al aspecto ceremonial, ya que, fuera de faltas muy pequeñas, todas las infracciones o delitos son juzgados, sancionados y castigados por las autoridades mexicanas, que en ocasiones especiales mandan soldados o policías para cuidar el orden.

Las relaciones entre las autoridades mexicanas y las de los quicapús son más bien circunstanciales. El jefe y algunos ancianos participan en unas cuantas fiestas civiles y, a veces, se les pide que tomen parte con sus danzas sin ninguna consideración al carácter ceremonial de las mismas.

A pesar de su sentido independiente —que desde un principio los llevó a tratar de mantenerse como una “nación aparte”— y del poco acercamiento a lo mexicano, siempre han tenido conciencia de que el ser *indios* les puede traer ciertos beneficios. Así, han aprovechado todas las oportunidades que se les han presentado para obtener ventajas del gobierno, aunque más que utilizarlas en forma directa las emplean como una manera de obtener ingresos. Por ejemplo, si reciben animales, implementos o maquinaria, los venden.

Para los quicapús las relaciones familiares son muy importantes tanto hacia la línea materna como hacia la paterna. Los niños son muy queridos en tanto que regalos de Kizihiat. Entre mayor es su número, más grande es el orgullo de los padres. Poseen un alto sentido de sociabilidad; para ellos no existe la privacidad. Sus relaciones más bien obedecen a factores afectivos. La familia funciona como una unidad cooperativa. La enseñanza es familiar-práctica; los trabajos y el aprendizaje van de acuerdo con la edad y el sexo. La única forma de transmisión de sus ritos, historia y costumbres es la tradición oral y está a cargo de los padres o de los abuelos. Los aspectos más específicos relacionados con el ritual o la herbolaria se dejan a los jefes de los clanes o a los ancianos más conocedores. Aunque, como ya se dijo, la caza ya no se practica con la misma intensidad, el uso de las armas tradicionales, como el arco y la flecha, o modernas como las de fuego, sigue desempeñando un papel importante en el aspecto ceremonial del crecimiento de los hombres. La principal oposición a la educación formal proviene de considerarla como una forma de privar a los niños de su cultura y de hacerlos adquirir malos hábitos además de que, dado que los niños deben participar desde pequeños en actividades tanto ceremoniales como laborales, la asistencia a la escuela les impide esa participación. Sin embargo, poco a poco y a pesar de las protestas de los viejos, varios niños reciben educación formal.

En 1970 existían catorce clanes; cuatro eran los más importantes. La pertenencia a un clan está relacionada con ciertas funciones sociales, forma de vestir y, en algunos casos, con ceremonias particulares. Lo anterior lleva consigo la observancia de ciertos tabús. Además de la ciánica, el grupo tiene una división en mitades independiente de ella, la cual es más importante en ciertas situaciones, por ejemplo en juegos y competencias. Los nombres

tienen que ver con la pertenencia a un clan y mitad determinadas. En algunos casos se han adoptado nombres mexicanos. Con excepción del jefe y de su esposa, que gozan de ciertos privilegios especiales, se puede decir que las relaciones sociales entre los quicapús son igualitarias en cuanto a prerrogativas y responsabilidades. La única prohibición para el matrimonio es la consanguinidad y aunque se conocen casos incestuosos no son castigados ya que se considera que sus autores están embrujados. No cuentan con un ceremonial formal, excepto en los matrimonios mixtos. Los esponsales se anuncian generalmente después de consumados.

Los quicapús poseen una gran conciencia de sí mismos, se tienen en gran estima y no se arredran ante la presencia de extraños. Prefieren su cultura a cualquier otra. Consideran que son el centro del orbe y que su mundo indio es diferente a todos los demás, lo que se liga a su creencia de que éste terminará cuando abandonen su tradicional forma de vida desarrollada en torno a su religión, que se traduce en un calendario ceremonial bastante amplio. Otro factor importante que funciona como efectivo medio de control social es la brujería.

En suma, consideramos que el libro de que nos ocupamos, referente al mundo entre mágico y moderno de los quicapús, es un buen ejemplo monográfico —a pesar de que a veces se siente un poco pesado— sobre este grupo indígena bastante especial en el cual poco a poco, y a pesar de los esfuerzos de sus miembros por evitarlo, se observa un proceso de desintegración.

Jesús MONJARÁS-RUIZ

Centro de Investigaciones Superiores
 INAH

Albert STAGG: *The Almadás and Alamos — 1783-1867*, Tucson, University of Arizona Press, 1978, 173 pp., bibl., ilus.

Este libro continúa la narración épica de la historia de la provincia de Sonora que Albert Stagg inició en su libro *The first bishop of Sonora — Antonio de los Reyes, o.f.m.** Ésta, que

* Véase mi reseña en *Diálogos*, 75 (El Colegio de México, may.-jun. 1977), p. 34.